

EL CUERPO DOLIENTE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y LA LUCHA CONTRA LA LOCURA

Cayce Woods

Profesor Francisco Layna Ranz

Estudio independiente

IX Edición de la Gaceta hispánica de Madrid.

Cualquier elemento sujeto al abuso constante se quebranta en algún momento. Esto es especialmente verídico tratándose del cuerpo humano y aún más del espíritu. El daño corporal y psicológico que recibe don Quijote a lo largo de sus aventuras produce poco a poco la degradación de su identidad de caballero andante, llevándole a dudar de sus fuerzas, de su valentía y hasta de su propia percepción.

Desde el principio hasta el final de la historia del hidalgo de la Mancha se notan muchos cambios en su carácter. Sus numerosos enfrentamientos, nada heroicos, poco a poco le quitan la gloria de su fuerte brazo –fuerte, por lo menos, en su mente– y, de este modo, van también quitándole el alma. Para empezar, es un hombre poco apto para la vida de caballero andante: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza” (I, 1, 71). Es un hombre de mucho leer y mucha ociosidad, nada experimentado en el ejercicio de las armas, y además es virgen, algo poco frecuente y nada apropiado para un hombre de su edad en esa época. Como expresa Bénédicte Torres en el artículo “Leer el cuerpo en *Don Quijote de la Mancha*”: “[e]l cuerpo llega a ser el lugar privilegiado de la tensión entre la imitación de la literatura y la realidad dietética, es decir entre el querer ser y el ser” (10). El cuerpo doliente de don Quijote surge como respuesta a las fantasías del hidalgo.

Don Quijote sale a buscar aventuras y no las deja de encontrar, dado que ve el mundo como

quiere, conforme a los libros de caballerías. En el capítulo cuatro, recientemente nombrado caballero andante en una ceremonia disparatada y pensando que ha librado al chico Andrés de un castigo terrible, don Quijote, en el punto más alto de su locura, se tropieza con unos mozos de mulas; como buen caballero andante intenta obligarles a confesar que Dulcinea es la doncella más hermosa del mundo, algo que no se encuentran dispuestos a hacer, y uno de ellos deja muy maltratado al caballero, “[e]l cual, después que se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi desecho?” (I, 15, 102). Don Quijote se ve derrotado, no por haber entrado en un duelo digno de un caballero, sino porque se cae de su caballo y la gente malintencionada se aprovecha de su debilidad.

Ésta es la receta de la mayoría del daño que sufre el caballero. Tras burlarse de don Quijote, Cervantes también se burla de los libros caballerescos, una burla en que:

[L]as heridas, que no tienen punto de comparación con las descritas en las novelas de caballerías, participan del juego paródico. El universo caballeresco se refleja en un espejo que lo desfigura: la fealdad sustituye a la belleza, la debilidad hace olvidar la fuerza, el héroe es un antihéroe, el escudero vive lo que le tocaría vivir a su amo, la seriedad da paso a la risa. (Torres, Leer 14)

Después de su enfrentamiento con los molinos de viento en el capítulo ocho comenta don Quijote: “Si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella” (I, 8, 131). Sin embargo, poco después, empieza a quejarse del dolor de la oreja cortada en la pelea con el vizcaíno; dice: “sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester” (I, 11, 161). De aquí en adelante será el hidalgo más consciente de sus propios dolores, una semilla sembrada de la realidad.

Ruth El Saffar, en el artículo “In Praise of What is Left Unsaid: Thoughts on Women and Lack in *Don Quijote*”, atribuye el castigo y el dolor corporal que experimenta el hidalgo a “[t]he absence of the all-powerful and nurturing mother [which] creates a vacuum in which violence, competition, lust, greed, and madness come into play” (217). Comenta El Saffar:

Like it or not, Don Quixote is part of the hierarchized world, the world of the intellect, of absence, of abuse of earth and of the body. All his actions intensify the conflict and separation he is seeking to efface [...]. It is no accident that Don Quixote experiences, in his adventures across Part I, severe affliction of the body. (216)

Aunque la ausencia de madres sea un tema muy notable en la novela cervantina, el cuerpo doliente de don Quijote aprovecha más la tensión entre la realidad y la fantasía que propone Torres.

Don Quijote sigue viendo el mundo en concordancia con su fantasía, y el mundo sigue luchando contra él. Después de ser molidos amo y escudero por los yangüeses en el capítulo quince, don Quijote quiere dar más solemnidad a la situación de lo que merece: “Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan” (I, 15, 196). Ni ha sido batalla formal ni ha luchado honradamente pero su locura todavía no deja al caballero verse fracasado ni engañado. Conforme el amo y el escudero buscan alojamiento, descubren “una venta que, a pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo” (I, 15, 197). En la venta tiene lugar una de las varias escenas en que don Quijote sufre a causa o por culpa de una mujer; un arriero le deja “sin sentido alguno” cuando, mientras Maritornes iba a visitar a este hombre en la cama, el caballero la detiene, pensando en su locura irresistible para las mujeres (I, 16, 206). No es gratuita la herida que le hace el arriero; cuenta don Quijote:

Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella [Maritornes] en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las *quijadas*, tal, que las tengo todas bañadas en sangre. (énfasis mío, I, 17, 207)

Una herida en la boca, en la época de Cervantes, tenía cierto matiz sexual, como explica Torres: “La dimensión sexual de la nariz, de las orejas y de los dientes era conocida, por eso se cortaban narices u orejas para castigar delitos relacionados con la sexualidad” (Cuerpo 150). La oreja cortada por el vizcaíno cuando el caballero se pavonea ante la señora del coche, este castigo del arriero por la escena amorosa con la asturiana Maritornes y, más adelante y más significativo, el rostro herido por los gatos de Altisidora en su burla erótica y cruel, según Torres: “serán una manera de castigar la inapetencia sexual de don Quijote” (Cuerpo 150).

La lucha desde la locura contra la realidad exterior se junta con la tortura que don Quijote se produce a sí mismo, como nota El Saffar:

As if the external damage were not enough, Don Quixote also torments his body from within, in part

by eating far less than he was surely accustomed to eat at home, and in part by inflicting on his stomach such concoctions as Fierabras' balsam, which cured him of his afflictions by racking his entrails with a purge that left them cleansed down to the last bacterial remain. (216-17)

Aunque piense que está mejor después de tomar el bálsamo de Fierabras, el cuerpo del caballero sigue debilitándose paso a paso. Torres ofrece dos visiones de este debilitamiento; una consiste en que “Cervantes ofrece una visión degradante de su protagonista al convertirlo casi en objeto y al equiparlo con uno de los caballeros vencidos del *Amadís del Gaula*” como parte de la parodia continua de los libros de caballerías (Cuerpo 158). La otra visión trata más de los efectos que el debilitamiento tiene en el mismo don Quijote: “Cuando el cuerpo humano está cansado, herido o enfermo, surge la conciencia de las limitaciones; es lo que vive el hidalgo de la Mancha al salir en busca de aventuras [...] a pesar de su edad” (Cuerpo 149).

En general, los enfrentamientos que inicia don Quijote realmente no se corresponden con actos heroicos; como comenta Torres: “[l]a imitación de los modelos literarios se limita casi siempre a la expresión verbal” porque siempre se equivoca don Quijote en su percepción de la situación (Leer 11). Es el caso, por ejemplo, de su intervención en la batalla de los dos rebaños de ovejas en el capítulo dieciocho o de la libertad que les da a los galeotes en el veintidós, la realidad no soporta la fantasía del caballero y por lo tanto se ve castigado. En cuanto a esta percepción equivocada y el castigo correspondiente, Torres tiene lo siguiente que decir:

Si el cuerpo es, según C. Wulf <<le médium de l'erre au monde>>, su papel es fundamental en la aprehensión del mundo por medio de los sentidos. La percepción errónea de la realidad por parte de don Quijote origina, en efecto, actitudes disparatadas que remiten a la dialéctica locura-cordura. Las aventuras que a menudo ponen a prueba el cuerpo del caballero acabarán con el sueño de mimesis. (Leer 10)

A través de pruebas repetitivas que muestran que el mundo no se corresponde con lo que quiere ver el manchego, su percepción y conciencia de lo que le rodea empiezan a cambiar; esto se ve en el silencio de don Quijote al final del capítulo treinta cuando se da cuenta de que su acto de liberar a los galeotes ha sido delictivo y que ha afectado (supuestamente) de manera negativa a su amigo. También, en el capítulo treinta y uno, la reaparición de Andrés y la culpa que le hace sentir a don Quijote afecta mucho a la seguridad y a la autoestima del caballero.

El gran cambio se nota en la segunda parte de la historia con la nueva característica que muestra don Quijote, la de la melancolía. Siempre está pensando en sí mismo, evaluándose, y empieza a mostrarse más prudente en cuanto a iniciar sus acciones. Los cambios de comportamiento correspondientes al *input* que recibe el caballero de su alrededor coinciden con lo que comenta C. Christopher Solfas, Jr. en el artículo “Thinking in *La vida es sueño*”:

Aquinas considers the imagination a function of the sensitive, not the rational, aspect of being. This definition emphasizes the sensual role of the imagination as the conduit by which physical properties are represented to the higher rational centers, the principle means through which the intellect makes judgments about the physical world, the world of everyday reality. (289)

Mientras al principio la locura de don Quijote es más fuerte que las pruebas en contra de sus fantasías, esta sensualidad de que habla Santo Tomás de Aquino poco a poco va afectándole, deshaciendo el mundo falso que el hidalgo ha creado, como los golpes constantes del mar deshacen las rocas del embarcadero. Cuanto más se infiltra la realidad en la locura de don Quijote más se desvía de sus modelos literarios. Los momentos de cordura que muestra el caballero se relacionan, según explica Torres, con los golpes recibidos: “en tiempos de Cervantes, el castigo corporal se consideraba como una terapia. Los golpes que recibe don Quijote actúan como electrochoque que le permitirá conectarse con la realidad” (Cuerpo 150).

La escena quizás más cruel de toda la historia de don Quijote, y por supuesto de la primera parte, es la burla que le hacen Maritornes y la hija del ventero en el capítulo cuarenta y tres. Engañado, don Quijote entrega la mano en una ventanilla donde las chicas le atan la muñeca y dejan solo al pobre caballero sobre Rocinante, una imagen sumamente patética, especialmente considerando que probablemente se ríen de su virginidad. Enrique Fernández, en el artículo “‘Sola una de vuestras hermosas manos’: Desmembramiento petrarquista y disección anatómica en la venta (*Don Quijote*, I, 43)”, habla acerca de esta escena:

El dolorido cuerpo de Don Quijote colgado del agujero en el muro por la muñeca se convierte en el cuerpo torturado y anatomizado, una imagen de dolor que proporciona un conocimiento a quienes lo observan. Esta conexión entre castigo, disección y conocimiento aparece en los libros de anatomía de la época [...]. (43)

Fernández recoge cómo la disección formaba una parte integral de la ciencia de la época;

relaciona el desmembramiento metafórico que experimenta don Quijote en esta escena no sólo con una forma de castigo por sus pecados amorosos y las acciones de locura sino con un proceso de aprendizaje. Aunque atribuye su situación a otro encantamiento, a don Quijote le afecta: está inmovilizado, siente dolor, temor y vergüenza. Los encantadores tienen algo de culpa, pero aparece un matiz de autoconocimiento y admisión de su propio error, un matiz antes ausente; don Quijote “maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros” (I, 43, 529).

Termina Fernández explicando que Cervantes construye la escena al “confrontar las artificiosas convenciones literarias del desmembramiento petrarquista con la cruda realidad de la disección anatómica en la época. El resultado es una escena simultáneamente cruel y cómica, una escena en la que el galante ofrecimiento de Don Quijote [...] gradualmente da paso a una disección” (45) y puntualiza que “el placer erótico del fantasioso desmembramiento petrarquista se transforma en el dolor realista y cruento de la nueva disección anatómica” (45). La burla acaba en risa y entretenimiento para las chicas y en dolor real e introspección para don Quijote; todavía lejos del triunfo final de la realidad sobre la locura, se muestra más y más consciente de las lecciones que va almacenando, tanto en el cuerpo como en la mente.

En el capítulo cuarenta y nueve se ve al caballero algo cambiado; aparece enjaulado y razona su encantamiento a pesar de que no cuadre con lo que sabe de sus modelos caballerescos. Está aquí la primera muestra significativa de la conciencia propia del hidalgo. Responde así a las quejas de Sancho: “Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia” (I, 49, 575). Por primera vez su «lógica» ilógica le falla; la excusa de encantamiento no le sirve porque es precisamente su encantamiento lo que trata de defender. Se muestra débil ante esta incongruencia y su inacción es muestra de una pequeña victoria de la realidad sobre la locura.

Los dos últimos enfrentamientos de la primera parte, con el cabrero y con los disciplinantes, en el capítulo cincuenta y dos, son más reacciones coléricas y desesperadas que actos heroicos; el cabrero le llama loco y los disciplinantes se ríen del caballero, amenazando todos su identidad fantástica. Comenta Torres:

No es gratuito si la primera y la última aventura de la primera parte se parecen. Aunque la violencia no es tan grande en ésta, los efectos amplificados revelan que le cuesta cada vez más al caballero afrontar las situaciones. (Cuerpo 182)

Cuando por fin llega a casa don Quijote, está cansado, agotado y confundido: “Mirábalas [al ama y a la sobrina] él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba” (I, 52, 603). La primera parte termina así, con don Quijote descansando en casa. Torres refuerza de este modo: “[a] través de las fragilidades físicas, el sueño de mimesis se desvanece y la confrontación con la realidad se impone” (Cuerpo 149). La próxima vez que aparece el caballero, en la segunda parte, es con el gran cambio ya mencionado, el de su melancolía.

Ocurren otros cambios entre la primera y la segunda parte además de la nueva característica de don Quijote; según Torres: “La diferencia entre la primera y la segunda parte de la obra es sensible respecto a la frecuencia del verbo *doler* y a la naturaleza de las agresiones que causan algún sufrimiento” (Cuerpo 204). Mientras en la primera parte la mayoría de las aventuras (y, por lo tanto, de las heridas) de don Quijote resultan de su locura y su libre elección, lo que le pasa en la segunda parte es en su mayor parte resultado de las burlas que se producen como consecuencia de su locura. El efecto acumulativo de tanta burla y tanto sufrimiento físico es la humanización del héroe, y esto “sirve para evidenciar los límites de la ficción caballerescas” (Torres, Cuerpo 205). Se ve sobre todo en esta segunda parte la humillación y sus efectos psicológicos en don Quijote.

Hay tres escenas en las que el caballero se cae, muy cómicamente, de la montura: en el capítulo dos, cuando Rocinante, asustado por el moharracho, empieza a correr por el campo; en el capítulo treinta, en presencia de los duques; y en el capítulo sesenta y uno, en su gran entrada a Barcelona, cuando dos muchachos malintencionados ponen unas espinas en la cola de Rocinante. No sin vergüenza sale don Quijote de estas situaciones; aunque las caídas le dejan “maltrecho” (II, 11, 118) y “corrido” (II, 61, 508), más destaca el efecto psicológico. Las burlas de los duques –

sobre la manera de desencantar a Dulcinea y a las dueñas barbudas, de resucitar a Altisidora– y del bachiller Sansón Carrasco –al derrotar a don Quijote como Caballero de la Blanca Luna– roban al hidalgo su identidad y el alma por no dejarle practicar la andante caballería.

La burla de Altisidora con los gatos en el capítulo cuarenta y seis es una de las pocas que dejan huellas visibles en el caballero:

[un gato] le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. [...] Quedó don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. (II, 46, 385)

Esta escena es una buena ilustración del modo lúdico en que Cervantes trata el problema del cuerpo doliente de don Quijote (Torres, Cuerpo 167). Explica Torres: “unos golpes violentos pueden dejar malparado el cuerpo sin producir huellas visibles, unos traumatismos importantes pueden resultar de poca violencia” (Cuerpo 167). El ataque de los gatos ocurre no durante una batalla sino mientras canta el caballero; sin embargo, le lastima mucho y le cuesta cinco días en la cama. La burla, que responde a la fantasía que tiene don Quijote de que una doncella joven y hermosa puede estar enamorada de él, apoya el argumento de que “[e]l rostro y la cabeza del caballero sufren particularmente como señal de su vulnerabilidad psicológica” (Torres, Cuerpo 150).

En el capítulo cincuenta y ocho don Quijote se ve pisoteado por un tropel de toros y en el capítulo sesenta y ocho por seiscientos puercos. Torres señala que los toros son “animales asociados a la locura según ciertos refranes” y que los puercos se ven “unidos al universo carnavalesco” (Leer 10). Cada vez que es pisoteado, después se hunde más en su melancolía; se lamenta don Quijote ante Sancho:

[...] déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias [...]; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeados y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, y acoceado, y molido, de los pies de animales inmundos y soeces. (II, 59, 482)

Ante el incidente de los puercos se atribuye don Quijote su derrota: “Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante

vencido [...] le hollen puercos” (II, 68, 554). La desgracia de estas dos situaciones le supone a don Quijote mucha introspección, no característica de los caballeros andantes, y esta introspección le acerca cada vez más a la realidad.

Si se evalúan en profundidad los enfrentamientos de don Quijote se observa que sólo ocurren tres duelos reales, “reales” en el sentido de que su oponente se enfrenta a don Quijote como caballero. El bachiller Sansón Carrasco, que se hace pasar por el Caballero de los Espejos y el de la Blanca Luna, y Tosilos el lacayo del duque son sus contendientes más legítimos; estos enfrentamientos, siendo disparates, exponen más la parodia que hace Cervantes. Arguye Torres que

[...] la narración hace hincapié en la inadecuación de los gestos de un don Quijote que procede, en realidad, del mundo libresco y no caballeresco. En las novelas de caballerías es impresionante la violencia de los enfrentamientos[...]. En la obra cervantina la violencia se crea de manera ilusoria por el empleo paródico del léxico, por los contextos hipotéticos y las hipérbolas. (Leer 11)

El fingimiento de estas batallas evidencia que “[l]a diferencia con el universo caballeresco se impone claramente y el hecho de que raras veces la vida esté amenazada lo confirma” (155); mas, aunque sean fingidas las batallas, el vencimiento ante el Caballero de la Blanca Luna es totalmente real para don Quijote. Sansón Carrasco sale al encuentro de don Quijote “con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño” (II, 65, 536), pero el resultado es que quitarle la práctica de la andante caballería es el mayor daño que hacerle puede. Don Quijote ni siquiera tiene una costilla quebrada pero está seis días en el lecho, “marrido, triste, pensativo y malacondicionado, yendo y viendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento” (II, 65, 537).

En su ya frágil estado de caballero vencido don Quijote recibe un fuerte golpe más, esta vez sólo de forma verbal. De nuevo en el palacio ducal en el capítulo setenta, se enfrenta Altisidora con el caballero; enfadada por el último rechazo de don Quijote, le ataca así:

¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de uña, cuanto más morirme. (II, 70, 567)

El pobre caballero no responde palabra a la diatriba de la doncella; sin embargo su efecto pronto queda bien claro. El aumento en la prudencia que don Quijote ha demostrado a lo largo de la segunda parte –pensar, evaluar e investigar antes de actuar, y la duda de su propia percepción que le

invade después de bajar a la cueva de Montesinos en el capítulo veintidós— se establece como un cambio decidido en su comportamiento de aquí en adelante: “Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadizo; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría” (II, 71, 573-74). Poco después, amo y escudero entran en su aldea, dónde encuentra su fin la historia.

Ya desilusionado por verse vencido, don Quijote oye lo que él interpreta como pronosticación de que nunca más volverá a ver a Dulcinea. Esto es suficiente para hacer completa su desesperación y, “o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama” (II, 74, 586). Es precisamente en este estado de enfermedad mortal cuándo la realidad por fin vence a la locura de don Quijote; recordamos lo que dice Torres: “cuando el cuerpo humano está cansado, herido o enfermo, surge la conciencia de las limitaciones” (Cuerpo 149). Después de los seis días en cama y poco antes de morir, don Quijote desaparece y se despierta Alonso Quijano el Bueno. Lamenta el hidalgo su vida gastada en locuras:

Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecios, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. (II, 74, 587)

Si se puede ver el declive gradual de don Quijote tras las páginas de su historia como una especie de tragedia, esto correspondería a la idea de que “tragedy results when a character imagines reality rather than participates directly in actual events” (Soufas 289).

El rechazo de la realidad por parte de don Quijote le causa mucho dolor físico y, por lo tanto, mucho dolor psicológico también. Estos golpes constantes de la realidad acaban, al final, con todas las ilusiones del hidalgo y, junto con las ilusiones, con su identidad de caballero andante. El fracaso de esta identidad caballeresca completa la parodia que hace Cervantes de los libros de caballerías y termina la vida del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Obras citadas

Cervantes Saavedra, Miguel de. El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, Vol. I y II. Ed. Luis Andrés Murillo, Madrid: Castalia, 1978.

El Saffar, Ruth. "In Praise of What is Left Unsaid: Thoughts on Women and Lack in *Don Quijote*." MLN. 103.2 (1988): 205-222.

Fernández, Enrique. "'Sola una de vuestras hermosas manos': Desmembramiento petrarquista y disección anatómica en la venta (Don Quijote, I, 43)." Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America. 21.2 (2001): 27-49.

Soufas, C. Christopher Jr. "Thinking in La vida es sueño." PMLA. 100.3 (1985): 287-299.

Torres, Bénédicte. Cuerpo y gesto en el Quijote de Cervantes. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

– "Leer el cuerpo en *Don Quijote de la Mancha*." Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas. 700-701 (2005): 10-14.